

Reyes y mendigos

Atardecía cuando dos mendigos se reunieron al pie de una de las columnas de los soportales de la plaza mayor. La jornada había sido de frutos muy escasos y, sentados frente a frente sobre la fría losa del piso en aquel ámbito cuya habitual penumbra empezaba a esa hora a tornarse más densa, lamentaban que el vacío con que antaño se respondía esporádicamente a sus ruegos, ahora estuviera extendiéndose como una plaga entre la población.

—No me parece que se deba a indiferencia —dissentía uno de lo último que había dicho el otro.

—Lo que he querido decir —dijo el otro, tratando de ser más explícito— es que en unos se debe a la indiferencia y en otros a la mezquindad.

—Tampoco me parece —volvió a disentir su compañero.

—¿Tampoco? —dijo el otro, la voz de pronto erizada, y añadió:— ¿Y a qué crees tú que se debe? —Y exigió con acritud:— ¡Vamos , dímelo!

—La vida está imposible para los mendigos...

—¡Claro que está imposible para los mendigos! —lo interrumpió el otro, que en seguida se burló:— ¡Qué gran noticia!

—Digo que la vida está imposible para los mendigos porque la vida se está poniendo imposible para la mayoría de la gente.

—¿Imposible para la mayoría? ¡Pero si siempre han vivido mejor que los mendigos!

—Sí, pero ahora no tanto porque cada día la gente empobrece más y ya no tiene qué dar. Así, pronto habrá más mendigos en el país y la delincuencia aumentará. No me extrañaría que en su desesperación los delincuentes se vieran obligados a asaltar a los mendigos y aun a los muertos.

—¡Eres un exagerado! —vociferó el otro.

Un profundo gesto de asombro que parecía de dolor apareció en su compañero, quien en un tono de dolida sinceridad protestó con blandura:

—No, no lo soy.

—¡Sí que lo eres!

—Por favor, no digas eso, que no lo soy.

Ambos callaron. El que se había abatido sobre su compañero tildándolo de exagerado, había salido de las divergencias con el ceño enardecido y la respiración acelerada y ruidosa, y el que no pudiera evitar que el pecho se le subiera y se le bajara parecía aumentar su enojo. Tres aberturas hechas en la base de un costal de tamaño mediano le habían sido suficien-

tes para disponer de una prenda que remediara la carencia de chaqueta: una en el centro, por la que había pasado la cabeza, y las otras dos en las esquinas, que habían dado salida a los brazos. El deplorable deterioro de las mangas de la camisa, que descendían hasta las muñecas, era signo de que la parte oculta por el costal estaba también llena de aflicciones. Usaba zapatos de soldado, arruinados por una suerte de perturbadora imagen de rigidez crispada que habían adquirido en razón de la extrema sequedad en que se hallaban, así como por cuarteaduras y roturas y por un tajante desnivel en el desgaste de la suela y los tacones. Sobre los zapatos reposaba, congestionado de pliegues, el excedente de las perneras de un pantalón demasiado largo y holgado, evidencia de que en sus mejores tiempos había cobijado a un individuo alto y robusto, su primer dueño. El otro mendigo estaba inmóvil, la mirada fija en un punto de la plaza, pero probablemente sin ver, como si meditara. Vestía chaqueta o lo que parecía tener tal apariencia, pues eran tantos los remiendos que resultaba imposible saber si a partir de lo poco que había quedado de una chaqueta devastada por el uso se había intentado organizar los remiendos o si estos habían sido unidos para que adquiriesen en conjunto forma de esa prenda. Bajo las bocas de un pantalón tan ceñido que acentuaba la delgada contextura de su dueño aparecían unas alpargatas gastadas, recompuestas mediante burdas costuras. El mendigo del costal parecía tener sesenta años y el de los remiendos tres años más.

—¿Cómo lo sabes? —reapareció la voz del que lucía costal.

El de los remiendos se volvió.

—¿Qué? —preguntó.

—Digo que cómo lo sabes.

—¿Que cómo sé qué?

—¿Cómo sabes que cada día la gente empobrece más?

El de los remiendos lo miró con asombro.

—¿Ignoras —dijo— que el trabajo escasea? ¿Que los que lo tienen lo están perdiendo y no precisamente por propia decisión? ¿Que la mayoría de los que aún lo conservan ganan tan poco que no les alcanza para cubrir las necesidades más elementales? ¿Y que esto último se ve en que no hay un equilibrio entre lo que se tiene para comprar y los precios de las cosas?

—Yo lo único que sé es que ellos no son mendigos...

—Pero van camino de serlo —aclaró el de los remiendos.

—... Y como no son mendigos —continuó el del costal, desentendiéndose de la aclaración— están en condiciones de dar.

—¿Pero no comprendes que la situación está cambiando desfavorablemente para ellos y que por tal motivo aumenta día a día la cantidad de gente que nada tiene que dar a los mendigos?

—¡Pero te digo que no son mendigos! —insistió, enérgico, el del costal, para en seguida añadir:— Y

mientras no sean mendigos, con un poco de buena voluntad bien pueden dar.

—De dónde.

—¿De dónde? ¡De lo poco que tienen, que es más que lo que tiene el mendigo! —respondió con disgusto el del costal.

—Así —dijo el de los remiendos— más rápido llegarían a ser mendigos, y es justo que nadie quiera llegar a eso.

—Pero las cosas que necesita un mendigo no son muchas ni cuestan mucho.

—Pero no las que todo hombre debiera necesitar.

—¿Y por qué yo debo necesitar otras distintas?— preguntó, desafiante, el del costal.

—Las cosas que tú dices que necesitas son las únicas que están al alcance del bolsillo de un mendigo. Cosas que no solo no son suficientes sino que además no son las más dignas.

—¡Cómo que no son suficientes ni las más dignas! —protestó el del costal.

El de los remiendos explicó:

—Fíjate qué comemos y cómo vestimos. Fíjate también dónde nos cobijamos. Un cuartucho muy triste, de tabiques de viejas maderas carcomidas y techo de pedazos de cartón, entre tantos cuartuchos iguales apiñados en un corralón. Sin contar con que muchos otros mendigos no disponen ni de eso y tienen que pasar la noche en la calle, bajo el alero de las casas.

—¿Y todo eso te parece mal?

—¿A ti no?

—Es que soy mendigo.

—Claro. Los años de mendigo te han hecho perder de vista que ese modo de vida no es digno del hombre.

—Por lo que escucho, tú no lo has perdido de vista.

—Así es.

—Y entonces ¿por qué sigues de mendigo?

—Porque no tengo otra salida.

—Para mí —dijo el del costal— la vida que lleva el mendigo es la que le corresponde por ser mendigo. Y en eso no hay menos dignidad. ¿Y sabes por qué?

—Y con inamovible convicción se respondió:— Porque en el mundo tiene que haber ricos y pobres, y entre estos, los que no tenemos dónde caernos muertos: los mendigos.

—¿Tiene que haber?

—Claro que sí. Si no, el mundo no sería mundo.

El de los remiendos no replicó. Luego de un silencio prolongado, preguntó:

—¿Conoces las tres historias sobre reyes y mendigos?

—¿Qué? —La pregunta fue sentida por el del costal como si su compañero estuviera hollando un mundo al que no perteneciera, el mundo de los mendigos. Sabía, sin embargo, que era tan mendigo como él. La pregunta le dejó un sabor a deslealtad de su compañero a su propia identidad de mendigo.

—Te pregunto si conoces las tres historias sobre reyes y mendigos.

Al oírla por segunda vez, el del costal tuvo una reacción instantánea: apartó bruscamente el tronco hacia atrás y fijó en los ojos de su compañero una mirada de desconfianza.

—No, no las conozco —dijo.

—La primera historia dice que, escoltado por la soldadesca, un rey atravesaba en su carruaje los barrios miserables de una ciudad de su reino. Tumultos de gente derruida por la pobreza, apostados a uno y otro lado de las calles, vivaban su paso. Y cuando en una esquina vio a un hombre viejo que lo contemplaba con rencor, un hombre de pantalón y chaqueta milagrosamente en uso gracias a una cantidad de remiendos imposible de calcular, ordenó detener el carruaje. Entonces descendió, se acercó al hombre y le preguntó: «¿Quién eres tú?». «Un mendigo, señor», dijo el hombre. El rey, que así lo había supuesto, añadió con fingido tono de confianza: «Me gustaría ser mendigo». Comprendiendo que el rey se burlaba, el mendigo preguntó con deliberado asombro: «¿Dejar de ser rey para andar de mendigo?». «Así es. ¿Qué te parece?». «Imposible, señor». «¿Imposible?», jadeó el rey, sofocado por la contrariedad. Entonces crispó el ceño e inquirió duro, impaciente: «Por qué». «Porque si Su Majestad deja de ser rey, ya nadie se verá en la necesidad de ser mendigo en este país»... La segunda historia cuenta que una mañana, al salir de la catedral con los engalanados miembros de su séquito, un rey vio a unos mendigos que a cierta distancia estiraban

la mano con desesperación hacia él. Pero entre ellos advirtió a otro que no sólo no lo hacía sino que se mantenía casi de espaldas a su paso, como si intentara esquivar alguna peste. El rey se detuvo, mortificado; se acercó al mendigo y, esforzándose por ocultar el propósito de burlarse, le dijo: «He decidido dejar de ser rey durante tres años para que en ese tiempo seas el rey y gobiernes este país». La burla no podía ser más gruesa y el séquito prorrumpió en carcajadas. El mendigo, sin embargo, fingió no darse cuenta y preguntó: «¿Y por qué yo, señor?». Sofrenando el deseo de desatarse en risa, el rey explicó: «Siendo tú uno de los que conocen y padecen como el que más las necesidades de la multitud, estoy seguro de que sabrías gobernar a favor de ella. Y al cabo de los tres años habré aprendido de ti». Pero el mendigo replicó: «Me pide algo imposible, señor». «¿Acaso te sientes incapaz?», dijo entonces el rey, con intención de zaherirlo. «No me refiero a mí, señor, porque nadie es incapaz de gobernar a favor de la multitud, si sabe y siente lo que la hace sufrir. Me refiero, señor, a lo que usted me pide». El rey empezaba a sentirse inseguro. «Explícate», lo apremió. «Ocurre», expuso entonces el mendigo, «que gobernar a favor de la multitud no es más que acabar con los privilegios del rey y los de su clase. ¿Cómo, pues, podría hacerlo yo si usted me pide que gobierne como un rey?». El séquito prorrumpió en un murmullo de efervescencias y, con precipitación y ansiedad, amontonó los ojos en la cara del rey. Al

soberano le centelleó en los ojos un furor enrojecido, pero al instante se repuso y dijo: «No me importa que pienses así. Puedes gobernar como lo que quieras, con tal que lo hagas a favor de la multitud». «¿No cree usted, señor, que arriesga demasiado?», dijo el mendigo. «Repito que puedes hacerlo», se limitó a decir el rey. «¿Y qué garantía me ofrece usted, señor, de que no impedirá lo que yo trate de hacer a favor de la multitud o que después de los tres años usted no lo deshaga?». «Tienes mi palabra», dijo el rey, mostrando una leve sonrisa que los miembros del séquito reprodujeron con puntualidad. «Aprecio su palabra, señor», dijo el mendigo, «pero no tanto como a las armas». El rey pareció dar un salto. «¿A qué armas te refieres?», farfulló. «A las de su ejercito, señor. La única garantía está ahí: si realmente quiere usted que yo gobierne a favor de la multitud, desarme a su ejército y deme las armas para entregarlas a la multitud». «¡Qué te has creído, cholo de mierda!», estalló el rey, y el séquito se descompuso en un tumulto de voces irritadas. «Ya sabía, siempre he sabido», murmuró el mendigo, «que el rey y los de su clase jamás podrán amar a la multitud»... La tercera historia refiere que atardecía cuando dos mendigos se reunieron al pie de una de las columnas de los soportales de la plaza mayor. La jornada había sido de frutos muy escasos y, sentados frente a frente sobre la fría losa del piso en aquel ámbito cuya habitual penumbra empezaba a esa hora a tornarse más densa, lamentaban que el vacío

con que antaño se respondía esporádicamente a sus ruegos, ahora estuviera extendiéndose como una plaga entre la población. «No me parece que se deba a indiferencia», disentía uno de lo último que había dicho el otro. «Lo que he querido decir», dijo el otro, tratando de ser más explícito, «es que en unos se debe a la indiferencia y en otros a la mezquindad». «Tampoco me parece», volvió a disentir su compañero. «¿Tampoco?», dijo el otro, la voz de pronto erizada, y añadió: «¿Y a qué crees tú que se debe?», y exigió con acritud: «¡Vamos, dímelo!». «La vida está imposible para los mendigos...» «¡Claro que está imposible para los mendigos!», lo interrumpió el otro, que en seguida se burló: «¡Qué gran noticia!». «Digo que la vida está imposible para los mendigos porque la vida se está poniendo imposible para la mayoría de la gente». «¿Imposible para la mayoría? ¡Pero si siempre han vivido mejor que los mendigos!». «Sí, pero ahora no tanto porque cada día la gente empobrece más y ya no tiene qué dar. Así, pronto habrá más mendigos en el país y la delincuencia aumentará. No me extrañaría que en su desesperación los delincuentes se vieran obligados a asaltar a los mendigos y aun a los muertos». «¡Eres un exagerado!», vociferó el otro. Un profundo gesto de asombro que parecía de dolor apareció en su compañero, quien en un tono de dolida sinceridad protestó con blandura: «No, no lo soy». «¡Sí que lo eres!». «Por favor, no digas eso, que no lo soy». Ambos callaron. El que se había abatido sobre su com-

pañero tildándolo de exagerado, había salido de las divergencias con el ceño enardecido y la respiración acelerada y ruidosa, y el que no pudiera evitar que el pecho se le subiera y se le bajara parecía aumentar su enojo. Tres aberturas hechas en la base de un costal de tamaño mediano le habían sido suficientes para disponer de una prenda que remediara la carencia de chaqueta: una en el centro, por la que había pasado la cabeza, y las otras dos en las esquinas, que habían dado salida a los brazos. El deplorable deterioro de las mangas de la camisa, que descendían hasta las muñecas, era signo de que la parte oculta por el costal estaba también llena de aflicciones. Usaba zapatos de soldado, arruinados por una suerte de perturbadora imagen de rigidez crispada que habían adquirido en razón de la extrema sequedad en que se hallaban, así como por cuarteaduras y roturas y por un tajante desnivel en el desgaste de la suela y los tacones. Sobre los zapatos reposaba, congestionado de pliegues, el excedente de las perneras de un pantalón demasiado largo y holgado, evidencia de que en sus mejores tiempos había cobijado a un individuo alto y robusto, su primer dueño. El otro mendigo estaba inmóvil, la mirada fija en un punto de la plaza, pero probablemente sin ver, como si meditara. Vestía chaqueta o lo que parecía tener tal apariencia, pues eran tantos los remiendos que resultaba imposible saber si a partir de lo poco que había quedado de una chaqueta devastada por el uso se había intentado organizar los remien-

dos o si estos habían sido unidos para que adquiriesen en conjunto forma de esa prenda. Bajo las bocas de un pantalón tan ceñido que acentuaba la delgada contextura de su dueño aparecían unas alpargatas gastadas, recompuestas mediante burdas costuras. El mendigo del costal parecía tener sesenta años y el de los remiendos tres años más. «¿Cómo lo sabes?», reapareció la voz del que lucía costal. El de los remiendos se volvió. «¿Qué?», preguntó. «Digo que cómo lo sabes». «¿Que cómo sé qué?». «¿Cómo sabes que cada día la gente empobrece más?». El de los remiendos lo miró con asombro. «¿Ignoras», dijo, «que el trabajo escasea? ¿Que los que lo tienen lo están perdiendo y no precisamente por propia decisión? ¿Que la mayoría de los que aún lo conservan ganan tan poco que no les alcanza para cubrir las necesidades más elementales? ¿Y que esto último se ve en que no hay un equilibrio entre lo que se tiene para comprar y los precios de las cosas?». «Yo lo único que sé es que ellos no son mendigos...» «Pero van camino de serlo», aclaró el de los remiendos. «...Y como no son mendigos», continuó el del costal, desentendiéndose de la aclaración, «están en condiciones de dar». «¿Pero no comprendes que la situación está cambiando desfavorablemente para ellos y que por tal motivo aumenta día a día la cantidad de gente que nada tiene que dar a los mendigos?». «¡Pero te digo que no son mendigos!», insistió, enérgico, el del costal, para luego añadir: «Y mientras no sean mendigos, con un poco de buena voluntad

bien pueden dar». «De dónde». «¿De dónde? ¡De lo poco que tienen, que es más que lo que tiene el mendigo!», respondió con disgusto el del costal. «Así», dijo el de los remiendos, «más rápido llegarían a ser mendigos, y es justo que nadie quiera llegar a eso». «Pero las cosas que necesita un mendigo no son muchas ni cuestan mucho». «Pero no las que todo hombre debiera necesitar». «¿Y por qué yo debo necesitar otras distintas?», preguntó, desafiante, el del costal. «Las cosas que tú dices que necesitas son las únicas que están al alcance del bolsillo de un mendigo. Cosas que no solo no son suficientes sino que además no son las más dignas». «¡Cómo que no son suficientes ni las más dignas!», protestó el del costal. El de los remiendos explicó: «Fíjate qué comemos y cómo vestimos. Fíjate también dónde nos cobijamos. Un cuartucho muy triste, de tabiques de viejas maderas carcomidas y techo de pedazos de cartón, entre tantos cuartuchos iguales apiñados en un corralón. Sin contar con que muchos otros mendigos no disponen ni de eso y tienen que pasar la noche en la calle, bajo el alero de las casas». «¿Y todo eso te parece mal?». «¿A ti no?». «Es que soy mendigo». «Claro. Los años de mendigo te han hecho perder de vista que ese modo de vida no es digno del hombre». «Por lo que escucho, tú no lo has perdido de vista». «Así es». «Y entonces ¿por qué sigues de mendigo?». «Porque no tengo otra salida». «Para mí», dijo el del costal, «la vida que lleva el mendigo es la que le corresponde por ser men-

digo. Y en eso no hay menos dignidad. ¿Y sabes por qué?», y con inamovible convicción se respondió: «Porque en el mundo tiene que haber ricos y pobres, y entre estos, los que no tenemos dónde caernos muertos: los mendigos». «¿Tiene que haber?». «Claro que sí. Si no, el mundo no sería mundo». El de los remiendos no replicó. Luego de un silencio prolongado, preguntó: «¿Conoces las tres historias sobre reyes y mendigos?». «¿Qué?». La pregunta fue sentida por el del costal como si su compañero estuviera hollando un mundo al que no perteneciera, el mundo de los mendigos. Sabía, sin embargo, que era tan mendigo como él. La pregunta le dejó un sabor a deslealtad de su compañero a su propia identidad de mendigo. «Te pregunto si conoces las tres historias sobre reyes y mendigos». Al oírla por segunda vez, el del costal tuvo una reacción instantánea: apartó bruscamente el tronco hacia atrás y fijó en los ojos de su compañero una mirada de desconfianza. «No, no las conozco», dijo. El de los remiendos le contó la primera de las dos historias que hace poco te he contado a ti. En seguida le contó la segunda. Entonces le preguntó: «¿Cuál de las dos historias te gusta más?». «¡Ninguna!», respondió el otro, con hosquedad. «¿Puedo saber por qué?». «No me gusta como acaban». «En ese caso», le dijo el que le había contado las dos historias, «si al final ambas añadieran que el rey, exasperado, ordenó detener al mendigo y encarcelarlo por el resto de su vida, ¿te agradarían?». «Por supuesto», dijo el otro. El que le

había contado las dos historias lo miró profunda y largamente a los ojos y le dijo, con voz sentida: «Es muy triste que no sepas por qué eres mendigo». Con un movimiento repentino el otro se puso de pie. Estaba enfurecido. «¿Qué ocurre?», le preguntó, con estupor, el que le había contado las dos historias. «¡No me interesan tu amistad ni tus historias!», le gritó el otro, que de inmediato se alejó de prisa como si huyera de un peligro... Así acaba la tercera historia. Esas son, pues, las tres historias sobre reyes y mendigos. ¿Qué piensas de ellas?

Con un movimiento repentino el otro se puso de pie. Estaba enfurecido.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, con estupor, el que le había contado las tres historias.

—¡No me interesan tu amistad ni tus historias! —le gritó el otro, que de inmediato se alejó de prisa como si huyera de un peligro.

El que quedó sentado al pie de la columna miró a su alrededor y creyó ver que los transeúntes caminaban a tientas a pesar de que las luces de la ciudad alumbraban la noche.